

CERVANTES, MI CONTEMPORÁNEO

GUILLERMO CABRERA INFANTE

In memoriam Octavio Paz

Hay un juego literario que es, como la literatura, un salto mortal sin red. Consiste en preguntarle al otro, ¿con quién famoso te gustaría cenar esta noche? Me propusieron a Petronio, ese arbitro de elegancias que dormía de día y celebraba la noche. Pero yo no sé latín y no creo que pueda aprenderlo para esta tarde. Me nombraron a Shakespeare, pero entre su inglés y el mío media una distancia de olvido. Por último me susurraron el nombre de Cervantes. Debí ser el primero, porque creo que el estudio propio de la literatura no es la obra sino el escritor. ¿Cómo era, cómo es, Cervantes? Puedo intentar un retrato que está firmado por él y sospecho que es veraz:

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos porque no tiene correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño: la color viva, antes blanca que morena: algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies. Este, digo, es el retrato del autor de *Don Quijote de la Mancha*.

Ahora estamos a la mesa en medio del comedor. La misma mesa y todos los muebles son lo que se vendría a conocer como Renacimiento español: muebles macizos, muebles sólidos. La casa es la de la antigua calle del León, hoy llamada, para mayor injuria, calle de Lope de Vega.

Afortunadamente, ya tarde en su vida, Cervantes cena temprano. El día de su muerte apenas come. A veces tartamudea un poco y se transparenta su modestia.

—¿Vino?

De poco acostumbrado a beber creí que me pre-

guntaba si había venido. A tiempo pude decirle:

—No, gracias. No bebo. Nunca bebo —vino. Bebo sólo agua.

—Como yo, que bebo océanos y ríos de agua. Me dicen que es la hidropesía.

Le iba a decir que era obvio que padecía de diabetes, enfermedad que lo matará dentro de poco. Conozco al mejor médico: otro enfermo.

—Lo de hidropesía lo dirán por el agua.

—Ya sé que quiere decir agua. Aunque hablo poco latín y menos griego se que *hidro* quiere decir agua. Tal vez quieran decir *hidropesía* o la poesía del agua, como aparece en mi *Galatea*.

—A usted no lo consideran un gran poeta, pero en la *Galatea* precisamente hay versos muy bellos.

—Pero hasta usted dice versos y no poemas.

—¿No es lo mismo?

—No, no es lo mismo.

—Es que soy un mal lector de poesía. Sin embargo puedo decir que toda su prosa es poesía.

—Favor que usted me hace.

—Más y mejor dirán otros en otros tiempos.

Ahora viene la cena. ¿Qué comimos? Nunca me ha interesado la comida y Cervantes ha perdido el apetito. Creo que era una olla de algo más vaca que carnero. Tal vez salpicón esa noche o duelos y quebrantos, lentejas, algún palomino de añadidura porque debió ser domingo. No recuerdo haber comido sino escuchado comer a Cervantes que casi no come.

Me ha sentado, deferente, a su derecha, pero desde aquí veo bien su mano mala, que ha colocado con algún trabajo en la mesa. No la movería de allí.

Ahora lo miro con cierta melancolía. Mientras más grande es el autor mayor será su duda, que es una forma de modestia.

—Estoy con un pie ya en el estribo.

—Pero apenas es el día 23 de abril.

—Rendí mi alma al Creador el día 22.

Cervantes solía ser muy preciso con sus fechas. Insistí:

—En todas partes se dice que fue el 23.

—Son los coincidentes de siempre. Quieren que mi muerte coincida con la de un tal Chepri.

• Discurso de recepción del Premio Miguel de Cervantes. El último libro de Cabrera Infante es *Cine o sardina*

—¿Shakespeare?

—Un comediante inglés, ¿no?

—En efecto, pero del que se sabe muy poco. Ni siquiera es seguro que murió en esa fecha. Se sabe que existió por sus detractores. Uno lo llamo "loro trepador". Otro dijo que sus sonetos "eran azucarados". Gente sin importancia.

—Los he tenido eminentes.

—¿Los sonetos?

—No, los negadores de mi talento.

—En efecto. Lope, por ejemplo, dijo de usted y de su libro: "Ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alaba a don Quijote".

—Ese señor —dijo Cervantes acentuando el nombre como si fuera un mote— se llama Lope de Vega Carpio. Su último nombre suena a carpa de feria.

—Fue su enemigo encarnado.

—Como autor teatral era favorito de su público, alabado por sus pares y enamorado por sus mujeres. Quedaba alto, muy alto. Sólo la envidia hizo que cayera tan bajo con sus insultos. Llegó incluso a pagar un alquilón o alquilarse a sí mismo para fabricar el *Quijote* llamado de Avellaneda.

—Pero al mismo tiempo el fraude contribuyo a resaltar lo genuino y hay que agradecerle a Lope su falsificación al haberle impulsado a usted a escribir la segunda parte del *Quijote*, que muchos opinan que es mejor parte de arte que la primera.

—Me exaltan con su elección, pero nunca hubo división en mi intento al escribir la segunda parte.

—Para mí —le dije— todos sus libros son un libro: único, real y maravilloso y el mejor que se ha escrito en nuestro idioma.

—Si no fuera por mis años y el sol de estas Castillas que me han curtido, me sonrojaría.

—Ya sé que usted no ha padecido nunca de vanidad ni de envidia literaria.

—Nunca —dijo enfático Cervantes.

Cervantes tartamudea un poco y a veces, sólo a veces, tartarea una frase sin importancia. Pero también se transparenta su modestia.

Cervantes murió el día 22 de abril de 1616. Curiosamente el día 22 es el día de mi cumpleaños, pero prefiero que siempre se celebre el Día de Cervantes el 23. En ese día comenzó su inmortalidad.

—Hasta se ha compuesto una comedia musical llamada *El hombre de la Mancha*.

—¿Comedia musical? ¿Es eso una comedia con música?

—Así es.

—Soy aficionado a las comedias, como sabe, pero nunca se me había ocurrido ponerles música.

—Lo curioso de esta comedia es que los protagonistas son Quijote y usted.

—Curiosa celebración.

—Como la del día del idioma o esta misma de hoy.

En algún lugar de la casa alguien tañía una vihuela y una voz de mujer cantaba. Reconocí la melodía. Era "Guárdame las vacas", la tonada que originó las variaciones de Cabezón.

—Me parece que le gusta la música.

—Mucho.

—A mí también. Cultivo varias melodías en mis escritos. Su nombre me es familiar. Uno de mis personajes del *Quijote* se llamaba así.

—Fue uno que murió de amor al ver morir a su mujer.

—Así es. ¿De donde viene su nombre?

—Alemán de origen.

—¿Es usted alemán?

—Oh, no. Vengo de América.

—Allá quise ir varias veces.

—Si hubiera ido nunca habría escrito el *Quijote*.

—Pero habría escrito otras aventuras. Realistas unas, mágicas las otras. Como hicieron Bernal Díaz y Cabeza de Vaca.

—Pero son memorias, no invenciones.

¿No puedo evitar pensar que si los reaccionarios que ocuparon el lugar de los adelantados le hubieran dado permiso para emigrar a lo que se llamaba América, su gran libro hubiera sido escrito no en España sino en la Nueva España? ¿Qué les parece *Don Quijote de las Indias*? ¿Que tal *Sancho Pampa*? No habría habido molinos pero habría vientos. ¿Es una fantasía americana? Cervantes en la segunda parte del *Quijote* hace elogio y alabanza de Hernán Cortés y lo muestra como un caballero ejemplar. Ni más ni menos su par impar.

—Hay algo que me concierne y es el cura quemando libros.

—Mi buen cura perdona más libros que los que condena a la hoguera.

—Son, según usted, obras maestras. Pero ¿qué ocurre con los libros que no sean maestros?

—Muchos se salvan, por supuesto. Sólo condeno a los que han vuelto loco a mi *Quijote*.

—Un autor irlandés, un humorista, ha hablado de la magia del malentendido.

—Esa es la magia parcial de mi libro.

—Usted sabe que en América leemos el *Quijote* sin recurrir a las notas aclaratorias.

—Ah, esas llamadas al pie me duelen como callos. No soy yo el que ha perdido el idioma, sino es el idioma que me ha perdido a mí.

—¿Es el *Quijote* una alegoría de su vida?

No lo pensé mucho para decir:

—Es la parodia de una alegoría.

—En todo caso es un libro maravilloso.

—Es usted muy amable con mi libro.

—¿Por qué llama usted libro al *Quijote*, que es una novela, y llama novelas a los que son cuentos?

Conocí a Octavio Paz en su casa de México. Fui a visitarlo en gesto de agradecimiento, y admiración, por su papel en las campañas internacionales por mi libertad cuando estaba yo preso en Cuba. Volví a verlo hace algo más de dos años, cuando vino a una presentación especial en la Feria del Libro de Miami. Antes de su partida, un grupo de cubanos exiliados organizamos un "encuentro" con Octavio Paz; no un homenaje, ya que él mismo pidió que no lo fuera.

Al final, era el turno de Octavio; los poemas finales de la noche. Dijo con visible arrobamiento que aquel era "el acto más emotivo que había recibido en su vida". Y finalizó con estas palabras: "Muchos de ustedes los cubanos me agradecen que haya defendido su causa. Quiero decirles que no tienen que agradecerme lo que siento como un deber".

Era yo el encargado de recogerlos a él y a su esposa, Marie José. Los vi muy felices y joviales a la salida del auditorio. En el camino, antes de salir hacia el restaurante Versailles, lo hice detenerse un momento. Refiriéndome a sus frases antes citadas, quité de mi solapa el pequeño botón con la Isla de Cuba, símbolo del Ex-Club, Asociación de Ex prisioneros Políticos Cubanos, del que soy vicepresidente, y en nombre de nuestra institución se lo entregué a Octavio.

Entonces él, emocionado, dijo ante el pequeño grupo que nos acompañaba: "Pero si no me lo merezco. Yo no he sufrido como ustedes." Cuando puse el botón en su solapa, vimos como sus ojos se llenaban de lágrimas, que su esposa con ternura secó con su pañuelo.

ÁNGEL CUADRA

—Mi *Quijote*, como habrá visto, no es una novela sino muchas. Con mis *Novelas Ejemplares* fui el primero en novelar estas historias en castellano.

—Hay un autor ruso que usted no conocerá que dijo que el *Quijote* es un libro cruel. Por supuesto toda comedia es cruel, aun la *Divina Comedia*. Pero toda tragedia es aún más cruel.

—No creo que mi *Quijote* sea cruel.

—Yo tampoco, pero hay quienes opinan que Aristófanes, Petronio y Apuleyo son crueles. Sólo se ríen con el lado bueno de su boca.

—¿Hay algo más cruel que la vida?

—Sí, la muerte. Esa monstruosa máquina de matar.

—Esas ideas corren por su cuenta.

—Nuestra conversación se ha vuelto una entrevista.

—¿Qué es eso?

—Esa misma pregunta la hará un día otro humorista de genio, Mark Twain.

—¿Marque qué?

—Twain. Mark Twain, que quiere decir marca número dos. Es un seudónimo.

—Nunca me han gustado los seudónimos.

—Lo comprendo. Avellaneda es un seudónimo.

—Mi *Quijote* no es más que una parodia de los li-

bro de caballería. Ni más ni menos.

—Pero de seguro que usted no piensa eso.

—¿Y por qué no?

—Porque ha dado usted origen a mil interpretaciones no sólo de su libro sino de la vida.

Cervantes tendría mi edad exactamente ahora, pero era obvio que estaba en el invierno de nuestro contento: Cervantes por su *Don Quijote*, yo por mi Cervantes.

Eso es inevitabilidad —dije.

—Es una palabra larga —dijo Cervantes.

—Es una palabra demasiado larga —dije, —pero inevitable.

El mobiliario del comedor se hizo contemporáneo, las bujías se hicieron bombillas, el banquete se vuelve una última cena. Pronto se disolverá el autor, pero antes de que desaparezca el maestro desaparecerá el aprendiz de Cervantes.

¿Qué es morir sino una forma de organizarse? Lo dijo Cervantes. ¿O fue mi otro maestro, Martí mártir?

Cervantes dejó de hablar después de haber escrito una de sus páginas más conmovedoras, el prólogo de *Persiles y Segismunda*, donde dice: "Mi vida se va acabando y, al paso de las efemérides de mis pulsos, que, a más tardar, acabarán su carrera este domingo". Acaba en una invocación, como siempre en Cervantes, tierna pero dolorosa: "Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida".

Cervantes dejaba de ser un mero mortal para pasar a la inmortalidad. Aquí debe acabar mi discurso. Pero permítanme una palabra, dos antes de irme.

Puedo decir que en España han sido en extremo generosos conmigo. Aquí se han editado por primera vez todos mis libros menos tres, y *Tres tristes tigres* fue premiado en 1964, publicado en 1967 y no ha dejado de editarse desde entonces. Hay varias editoriales a las que debo la aparición de mis libros y en especial Alfaguara, que editará toda mi obra. Todos saben cómo he perdido a mi lector natural, pero no lo lamentó. He ganado muchos otros aquí y en todas partes. Mis pares me concedieron este premio Cervantes, que atesoro. Por mi casa de Londres han pasado varias generaciones de escritores españoles, algunos bisabuelos, otros veteranos. Muchos de los jóvenes escritores han devenido una generación que escribe los libros mejores que se escriben en español. Grande ha sido mi contento de que así sea.

Quiero destacar a mi agente, la formidable Carmen Balcells, porque fue ella quien me dio la noticia de haber ganado el premio por teléfono. Su alborozo fue más grande que el mío porque a pesar de las voces de Carmen siempre he sido un tanto escéptico. Todavía lo soy ahora. A todos, empezando por Miguel de Cervantes Saavedra —¡muchas gracias! <